



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

25 de Noviembre de 1871.

NUM. 9.

UN DIA DE ÓCIOS.

POR EMILIO SOUVESTRE.

(TRADUCCION.)

MEDITACIONES.

A las doce de la mañana.

He querido leer, y no sé qué fatalidad me ha perseguido, que cuantos libros he abierto no me han hablado mas que de cazas en los bosques del Asia, de pesca en los mares glaciales, de combates entre los pueblos antiguos y modernos. Historiadores, poetas, viajeros, todos me hablan de luchas, de destruccion, y todos parecen glorificar el ensañamiento de la vida, en extinguir la vida.

¡Esto bajo todas las formas es un himno horrible de la guerra que de tantos siglos canta en coro el género humano!

¡La guerra! ¡la guerra! ¡Escuchad!... ¡los tambores baten, las cornetas suenan, la artillería deja oír su tempestad, el suelo se conmueve bajo los galopes de los escuadrones!... ¡yendo todo á perderse en nubes de polvo y humo!...

¡Solo se oyen confusos gritos, solo se vé el brillo de las espadas, las banderas que se agitan y una mezcla convulsa que rueda dejando en pos un largo rastro de sangre!

Al fin el estruendo se debilita, las nubes se entreabren, los vencedores aparecen con los estandartes conquistados, los cañones cogidos al enemigo, y una muchedumbre de prisioneros, humillados y sin armas que van á expiar como criminales la fatalidad de la derrota.

¡Que las ciudades preparen flores para los arcos triunfales! ¡encended los cirios en los altares para dar á Dios una accion de gracias! ¡Construid placas de honor para cubrir y adornar todos esos pechos henchidos de orgullo! Hé aquí á los poetas que elevan sus cantos de alabanza á las victorias...

Mas mirad á lo lejos hácia la parte de los vencidos, ¿qué veis? En vez de arcos de triunfo largas fosas abiertas adonde en hilera yacen silenciosos cadáveres; y en lugar de himnos de gracias, un coro inmenso y dolorido de sollozos; en vez de recompensas, la vergüenza, y en cámbio de alabanzas, las acusaciones de la desconfianza.

Es que la guerra tiene como el antiguo Janus, dos caras, la una centelleante de alegría, la otra pálida y abatida; y cada una de estas dos caras mira alternativamente á las naciones, porque ninguno puede conocer el triunfo sin el revés, la gloria sin la humillacion.

¿Y qué podré decir, cuando una de ellas ha tenido mas ganancia que pérdidas en esas lúgubres batallas?

¿Se conoce el resultado de la cuenta abier-

ta por cada una de las glorias, cuyo resto en definitivo no es otra cosa que el recuerdo de ciudades destruidas, de generaciones cegadas en la flor de sus edades, y de campos transformados en desiertos?

Que las naciones primitivas hayan traducido por la lucha la oposicion de sus instintos de igualdad y de sus adelantos, que ellos hayan hecho de la guerra un arado para cultivar la barbarie, que la civilizacion griega haya sido inoculada al mundo por la espada de Alejandro, la civilizacion romana por la de César, se puede comprender. ¡Entonces quizá les estuviera permitido hacer de Minerva la diosa de la guerra!

Pero en nuestros dias, que la igualdad parece tiende á establecerse entre los pueblos como entre los individuos, y que los bárbaros han desaparecido, es necesario cambiar de simbolo.

No representeis mas la guerra por esa casta divinidad que se presenta noblemente con el casco en la cabeza y envaina su espada.

La guerra es hoy una furia que corre con el puñal levantado hollando con sus pies ruinas, destrozos inflamados y cadáveres desfigurados.

¡Ah! nosotros quisiéramos que esta imágen estuviese siempre presente á los ojos de los ambiciosos y de los poderosos de la tierra; que la hallasen sobre el papel en donde sus manos escriban la voz de llamada al combate; que ellos la viesan siempre alzarse en las cámaras ó tribunas, en donde sus bocas van á pronunciar las palabras que siembran la discordia; que ellos la aperciesen por todos sitios como un eterno aviso; que tuviesen una voz murmurando sin cesar en el fondo de sus almas, diciéndoles:

«¡Mirad, yo soy la guerra! por mí todo lo que es bello se marchita, lo que es débil lo doblega, lo que es puro lo mancho sangrientamente con la muerte.

«Yo no respeto ni el sacrificio, ni el genio, ni la virtud: el corazon mas bello, hago que perezca por el brazo mas vil. ¡La fuerza es mi derecho!

«Yo depravo á los buenos con el sufrimiento y la cólera; endurezco á los infames con el triunfo; contengo la conmiseracion en las almas, y hago del ódio un deber.

«Dios ha dicho: creced en riquezas y en nombre, vivid como hermanos, y quered á los demás como deseéis ser queridos!

«Mas yo he dicho: que el mas fuerte termine al mas débil y le despoje.

¡Que los hombres sean como las bestias que entre sí se devoran, y que cada uno

haga á los demás todo el mal posible para procurarse á sí mismo el mayor bien!

(Se continuará.)

ELENA CERRADA.

LOS LAZOS DE LA PATRIA. (1)

¿Qué es la patria? ¿No es la historia?
Sí, la patria no es la cuna;
Es algo mas: es la gloria,
La tradicion, la memoria....
¡La patria no es mas que una!

Si esta no es tierra extranjera,
Ofensa grave nos hace
Quien juzga de otra manera,
Pues la patria es la bandera
A cuya sombra se nace.

¡No! ¡Cuba no es tierra estraña!
Hijo de Cuba, leal,
Anhele verla, sin saña,
Confundida con España
En abrazo fraternal.

¡No puedo aceptar la guerra
Con la patria de mi padre!
¡España! ¡querida tierra
De mis recuerdos, que encierra
Las cenizas de mi madre!

¡Allí en España reposan!
¡Allí están mis ojos fijos!
¡Y adoro á mi Cuba hermosa,
Que es la patria de mi esposa,
Que es la cuna de mis hijos!

¡España y Cuba! Ellas son
Un lazo de amor sincero
Que estrecha mi corazon....
¡No! ¡yo no puedo, no quiero
Romper con la tradicion!

Moriré leal cubano,
Abrazado á la bandera
Que tremolaba en la mano
Mi amante padre, hoy anciano,
Contra una hueste extranjera.

En Zaragoza, valiente,
Vertió su sangre: ¡la mia!....
¿Cómo no ser consecuente?

¿Renegar? ¡Eso seria
Escupir su noble frente!

¡Mis antecedentes son
puros! ¡con ellos no lidio!
¡Rechazo la traicion!
¡Aceptar la rebelion
Es optar por el suicidio!

(1) Versos leídos en una funcion patriótica del gran Teatro de Tacon, de la Habana, en la noche del 6 de Febrero de 1870.

Página triste la historia
Dará á esta lucha tenaz;
Yo quiero cambiar, con gloria,
El laurel de la victoria
Por la oliva de la paz.

Mas despues de la pelea,
El pendon que aquí tremola
Quiero que en Cuba se vea...
; Yo quiero, hermanos, que sea
Siempre mi Cuba española!

TEODORO GUERRERO.

LA IDEA.

Un dia apareció un hombre sobre la tierra, con una empresa en la mente y en la voluntad, que á fuerza de extraordinaria aquella, era una temeridad, y á fuerza de desvalido él, la pobreza misma. Pretendia conmover el mundo entero, cambiar los fundamentos de la sociedad, modificar de una manera radical las relaciones de los hombres entre sí, conquistar el universo y crear una nueva civilizacion, destruyendo para eso la que existia edificada con la cooperacion de innumerables generaciones y con la sancion de muchos siglos. Pretendia mas: sabia que tenia que luchar con todos los reyes y poderosos de la tierra que se coaligarian contra él, y se lisongeaba de que él solo los venceria. No contento todavia con lo temerario, concibió lo imposible: echar por tierra las divinidades de los pueblos, y sustituirse él en el culto y la adoracion de todas las gentes. ¡A tanto llegaba su colosal empresa! ¿Cómo habia de llevar á cabo tan grande obra un hombre oscuro, sin prestigio de familia, sin armas, sin riquezas, sin ejércitos, sin aliados, pobre, desnado, perseguido y calumniado?... Llamó un dia á unos pocos hombres, tan oscuros y desvalidos como él, sembró en su alma la semilla de la idea, y al imponerles la consigna de ir á conquistar en su nombre el universo, ni les dió legiones, ni equipó navíos; esta fué el arma única pero formidable que los dió: *Docete omnes gentes*.— Enseñad á todas las gentes; — y conmovió el mundo, y aterró la sociedad antigua, y creó una nueva civilizacion, y venció á los reyes y triunfó sobre los orbes, y se hizo adorar de las naciones. Y hace diez y nueve siglos

que sigue triunfando, porque sus discípulos siguen enseñando.

¡Qué equivocados viven los hombres del hierro y del fuego, que se inspiran en el puñal y hacen alianza con el cañon! ¿Qué se han hecho las conquistas de la fuerza, las fundaciones de la espada, los imperios que han creado los ejércitos? ¿Dónde están aquellos cuatro imperios que creyeron que habian llenado el mundo? ¿Dónde están los persas, los asirios, los griegos y los romanos? Páginas son de la historia, vanaglorias del pasado: el mapa no los conoce: son nombres casi mitológicos. Enumerad todas las grandezas que hacen el orgullo de la violencia, y yo iré devolviéndoselas en polvo y ceniza. A vuestro turno mostradme una sola ruina en los campos conquistados por el pensamiento; decidme ¿cuándo cayó la verdad, en qué sitio fué vencido el verbo, cuando se hicieron los funerales de la idea? Yo la veo por el contrario, allá en los confines de la eternidad, precediendo al tiempo, atravesar como el rayo de Job las inmensas soledades del caos, y crear mundos infinitos; iluminar todos los espacios; engendrar el tiempo é imprimir á todas sus obras el sello de la existencia perdurable. Yo la veo navegando ilesa en medio de las tempestades, atravesar serena los senos del trueno y las entrañas del torbellino; flotar inmaculada sobre mares de sangre airada que intentan devorarla, y viajar por todo el mundo rompiendo las cadenas de la esclavitud, derribando los cadalsos, protegiendo el derecho, redimiendo la justicia, salvando la virtud y enseñando la libertad.

Sí, es cierto: tú, pueblo sufrido, la has encontrado andando los caminos del martirio, cargado con las cadenas del cautiverio, bebiéndose las lágrimas del destierro, y subiendo penosamente con paso trabajoso y cansado la cuesta de los dolores y del ultraje; pero esas son las armas de su batalla, porque pugna para resistir, combate para vencer. Lucha y se desangra; pero triunfa y respandece.

Las milicias de la idea: esas son las que conquistan. Las insurrecciones del pensamiento: esas son las que avanzan con paso formidable, ánimo entero y pujanza irresistible. La idea que ilumina el espíritu y ablanda el corazon: esa es la disciplina de

la civilizacion que forma los ejércitos, siempre victorioso del progreso de la humanidad.

BONIFACIO ARROYO Y CÁCERES.

EL Y ELLA.

Le escribió Arturo á su amada:
«Quiéreme por caridad,
Que hasta Febo se anonada
Al ver tu rara beldad.»

Julia, al leer la amatoria,
Dijo á su prima Tomasa:
«Tú que tienes mas memoria,
¿Es Febo amigo de casa?»

ANTONIO CIRUJEDA RUIZ.

LA MUGER Y LAS FLORES.

(Continuacion.)

XI.

LA VERBENA Y LA VIUDA.

El que ponga en duda que la educacion es el regulador de las acciones humanas, lea con atencion y medite un poco esta historia.

El conde de Torrealta era un magnate de la corte de Felipe IV. Su antigua nobleza y el cargo de gentil-hombre que desempeñaba en la servidumbre de aquel monarca, le daban tanta importancia como las pingües rentas que disfrutaba, porque en aquel tiempo no conseguia posicion y nombre solamente el oro como hoy, era preciso poseer algunas otras cualidades que ahora están de mas teniendo el primero.

El conde tenia dos hijas, ambas hermosas, pero tipos diferentes. Leonor era rubia como una alborada de primavera; Beatriz era morena como una hija del desierto. El conde enviudó cuando Leonor tenia tres años, y el deseo de tener un heredero que perpetuase su nombre le hizo pasar á segundas nupcias, con una dama tan orgullosa por sus pergaminos como escasa de bienes de fortuna. La segunda esposa del conde le hizo al año padre de otra niña que fué Beatriz. Esta, como era natural, merecia halagos y caricias de su madre, al paso que Leonor casi relegada al olvido veia trascurrir los

días de su infancia sin recibir ni un beso de su padre, porque la madrastra habia conseguido que su esposo prefiriera á su hija menor. Con el pretexto de que Leonor era celosa logró la condesa que su padre la metiera en el convento de comendadoras de Santiago para recibir la educacion que correspondia á la hija de un comendador de dicha órden. Beatriz se quedó en casa al cuidado de un aya ó preceptora, y como estaba escesivamente mimada, la educacion que ésta pudo darle se redujo á cantar, danzar, tocar la bandolina, montar á caballo y unas cuantas frivolidades mas propias de una cortesana. Mientras tanto Leonor bajo la direccion de las madres comendadoras aprendió muchas y buenas cosas, y principalmente todo lo que la muger debe saber para evitar, sin crearse enemistades ni engendrar ódios, que se empañe en lo mas mínimo el claro cristal de su honra.

Las dos hermanas llegaron á la edad en que la muger debe figurar en el mundo; cumplieron cuatro lustros, y aun continuaria en el convento Leonor si habiendo perdido su padre su segunda esposa no buscara consuelo y distraccion en su hija llamándola á su lado para que compartiera con su hermana las distinciones y homenajes á que por su elevada cuna eran acreedoras. Leonor y Beatriz volvieron á reunirse. Su educacion habia terminado y ambas debian ser presentadas en la corte tan luego concluyese el luto que llevaban. Interin llegaba ese día, Leonor pasaba el tiempo entregada á trabajos de jardinería, pues sus maestras le habian enseñado la botánica como ciencia recreativa, y ella que la habia estudiado con aficion, se proponia estudiarla prácticamente arreglando el descuidado jardin que su padre tenia en su palacio. Beatriz, aunque de carácter enteramente opuesto al de su hermana, se aficionó tambien al cultivo de las flores, y como la muger no puede vivir sin conceder su predileccion á un objeto ú otro, sucedió que al poco tiempo que se habian convertido en jardineras tenian ambas una flor favorita que con particular esmero cuidaban por ellas mismas. Beatriz se apasionó de la *Verbena*, de esa pequeña flor de color morado y suave aroma perteneciente á la familia de las *Verbenaceas*, mientras que Leonor concedió la preferencia á la sencilla *Viuda*, por otro nombre *Scabiosa*, como la llaman los botánicos por pertenecer á la familia de las *Dipsaceas*. El entusiasmo de las dos hermanas por sus flores favoritas era tal, que siempre se las veia ostentándolas ya en el pecho, ya en la cabeza. Leonor llevaba una

ó dos Viudas entrelazadas con los rizos de su blonda cabellera. Beatriz adornaba su mórvido seno con un ramito de Verbena prendido con mucha coquetería al escote del vestido. Tal fué la costumbre de usar sus flores favoritas en su tocado y adornos, que muy pronto en la córte fueron conocidas las hijas del conde Torrealta con los nombres de las flores, con las que formaban siempre amigable consorcio. Leonor fué apellidada Viuda; Beatriz Verbena.

Presentadas fueron por su padre en tiempo oportuno en la faustuosa córte del galante Felipe IV, que las hizo nombrar meninas de la reina, pues por su belleza y preclara estirpe eran del número de las que el rey-poeta gustaba tener siempre cerca de su persona.

Al encontrarse en la córte las dos hermanas experimentaron esa emocion que siente la muger cuando de un lugar sombrío y triste pasa á disfrutar de todo el encanto que ofrece la vida en los juveniles años. Pronto sus corazones se despertaron al arrullo del amor; en breve tiempo un noble jóven llamado D. Luis de Mendoza poseía el virginal corazon de Leonor, mientras que D. Carlos de Ayala, favorito del rey y uno de sus caballeros, pasaba por el caballero de Beatriz. Esta, cuya educacion no había sido tan sólida como la de su hermana, se dejaba requebrar con bastante frecuencia por el rey que, á pretexto de declararse protector de su favorito, pasaba demasiado tiempo al lado de la que D. Carlos deseaba por esposa. Las coqueterías de Beatriz quizá eran el incentivo que habían atraído al monarca, asiduidad mirada con recelo por el favorito. Así las cosas llegó ocasion en que debía recojer cada una de las dos hermanas el fruto de su respectiva educacion. Leonor era sincera; no ambicionaba mas que poseer por completo el corazon de su amante. Beatriz era ambiciosa; tenia mucha vanidad y la halagaba que el rey la tributase obsequios delante de la córte. No sentia por Ayala un verdadero amor, y le hubiera sido igual ser su esposa ó de otro á tal de poder continuar disfrutando del favor del rey sin dividirlo con nadie. Los consejos de Leonor á Beatriz eran desatendidos por ésta, sin tener en cuenta que en tan imprudente juego comprometia tal vez su reputacion y su decoro.

Era la velada de San Juan. Los jardines del Buen Retiro, poblados de hermosas damas y de apuestos caballeros, estaban resplandecientes de luces y saturados de perfumes que exhalaban los frondosos bosques de flores que los embellecian.

Por todas partes se veian discurrir pare-

jas. Unos buscaban la soledad y el silencio; otros acudian al grandioso salon en donde al son de armoniosa orquesta danzaban mil parejas; otros platicaban en las galerías, y otros, en fin, lo hacian paseando por las sombrías alamedas de aquel amenísimo sitio. Sigamos á una pareja de estos últimos, y oigamos su conversacion.

—Gran pesar me habeis causado con vuestro relato, D. Francisco. Esas dos hermosas niñas que la córte conoce con los poéticos nombres de Viuda y Verbena, se habian granjeado mi simpatía. Pero si os he de ser franco, siempre me temí que la última tenia que salir mal parada de ese juego de vanidad que habia emprendido, no atino con qué objeto.

—Qué quereis, Lope, contestaba el nombrado D. Francisco, la hembra es siempre hembra aquí y en Constantinopla, y como yo he escrito de que no hay virtud en la muger estando á oscuras, ya sabeis que....

—Callad, que todo lo mirais por ese prisma.

—Olvidais, amigo mio, vuestras mocedades, y á Doña Maria de Lujan vuestra *amiga*, y á vuestras esposas Doña Isabel de Urbina y Doña Juana de Guandio, y otras muchas cosas mas que podria recordaros y que tambien dicen que no habeis sido tan platónico como quereis que yo sea.

—¡Ah, D. Francisco, cuán cruel sois conmigo!

—Perdonad; no quise lastimaros el corazon ya que tan sensible lo teneis aun.

—Teneis razon; mi corazon no debe palpar mas que á impulsos de un amor; el amor de Dios, á quien debo pertenecer por completo, puesto que, aunque indigno, ministro suyo soy.

—Y eso no será impedimento para que lamentemos juntos el fin de tan interesantes criaturas. ¿Os acordais el año pasado cuán felices eran las dos por distinto estilo?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues de tal noche como hoy proviene su infortunio.

—No me habeis dado pormenores de todo eso.

—¿No? Pues oí los.

—Os escucho.

—La velada de San Juan del año anterior vió en estos jardines á las dos flores de casa Torrealta, Viuda y Verbena. Las dos estaban encantadoras. ¡Oh deleznables glorias de la vida! que diriais vos desde el púlpito; hoy son nada mas un recuerdo para unos pocos que gozan de la velada como el año pasado ellas. Pero perdonad este desahogo filosófico que me he contagiado de vos. Prosigo. Las

dos estaban hermosísimas. Viuda fué desde que entró la pareja de D. Luis de Mendoza, de quien es hoy viuda. Verberna, apoyada en el brazo del rey, desapareció con él del salón de baile al poco tiempo. La reina lo notó ó se lo hicieron notar, y como si se tratara de una escena de vuestras inimitables comedias, ordenó que precediéndola doce pajes con hachones encendidos, y escoltada por muchas damas y caballeros, entre los que se contaba D. Carlos de Ayala, salieron en busca del rey, á quien quería dar una agradable sorpresa.

Después de recorrer varias calles y plazoletas llegaron á un apartado paraje del jardín, donde á la claridad de los hachones vieron al rey teniendo en sus brazos una muger desmayada. Era Verberna. Escusado parece el decirlo que tan escandaloso encuentro fué público al día siguiente, por mas que Felipe, dando una discreta esplicacion del suceso, prohibió se hablara de él. La verdad es, que Verberna, culpable ó no quedaba deshonrada á los ojos de todo el mundo. Su padre no pudo resistir la pena y murió. Su hermana Viuda heredó el título y mayorazgos como hija mayor, y para reparar el perdido honor de su hermana, llamó á Don Carlos de Ayala y le ofreció que renunciaría título y mayorazgos en su hermana si la tomaba por esposa. Ayala rehusó. Verberna obligada á renunciar su plaza de menina, ha tenido que encerrarse en las comendadoras Santiaguistas á llorar sus desaciertos. Viuda dió su mano, como habia dado su corazón, á D. Luis de Mendoza, que hace quince dias ha perdido, manifestando ella su irrevocable resolucion de volver al convento donde pasó los primeros dias de su juventud, y donde su hermana debia haber aprendido lo que no debe ignorarse nunca. Aquí teneis la historia de las dos flores célebres de la corte de Felipe IV.

— Enseñanza grande se desprende de ella. *Viuda*, flor que simboliza el recato, el pudor y la virtud, está identificada fielmente en la hija mayor del difunto conde de Torrealta. *Verberna*, esa flor que con la que se coronaban las pitonisas romanas, que empleaban las druidesas de la Galia para sus cultos y sus sanguinarios sacrificios, esa flor es la personificación de la hija segunda de tan pundonoroso prócer, antiguo gentil-hombre, del que ha manchado sus blasones.

— Discurris mejor que Sócrates.

— Ahora bajo el punto de vista científico tambien hay una analogía grande entre las dos hermanas y las flores cuyos nombres se habian apropiado. La Viuda es una planta

medicinal. El zumo de sus hojas es aplicable á las enfermedades de la piel, y en su cáliz liban rica miel las abejas. La planta tiñe de verde cuando fresca y de amarillo siendo seca. La Verberna era en la edad media planta de emblema terrible. Una sola rama de ella llevada por un heraldo, era equivalente á una declaracion de guerra, y en cuanto á su aplicacion médica, se empleaba en hacer cataplasmas irritantes que se usaban en los casos de pleuresia como derivativos.

— Observo, mi querido Lope, que el Guadarrama nos envia su helada respiracion, y á nuestros años, ya que de medicina tratemos, conviene conservemos la mejor salud posible. Dejemos, pues, el sarao de San Juan para quien pueda disfrutarlo mejor que nosotros, y vamos en busca de nuestros lechos. ¿Queréis que os conduzca hasta vuestra posada? Mi carroza nos está esperando.

— Partamos.

Los que así hablaban eran dos personas cuyo cabello empezaba ya á encanecer. Vestia el uno hábitos talares, y en su manteo ó capa de eclesiástico se veia bordada la blanca cruz de la órden de Malta. El otro llevaba un traje de caballero de la época, todo negro, destacándose la roja cruz de Santiago del fino terciopelo de su ropilla y del ferrerucllo con que cubría sus hombros.

¿Quiénes eran aquellos dos hombres? Los lectores lo adivinarán fácilmente.

(Se continuará.)

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

LA CAMPANA DE LA VENGANZA.

(TRADICION ARAGONESA.)

III.

Apenas D. Pedro Tizon se encontró solo en su cámara, quedóse un instante meditabundo, cual si en su mente trazase algun plan diabólico. De súbito sonrióse irónicamente, y como si tomase una determinacion estremada, se levantó de su asiento y salió de su aposento tomando la direccion de la calle. Una vez en ella, internóse en una de las muchas callejuelas que conducian al alcázar real, y unos segundos despues penetraba por sus umbrales, haciendo que un paje le anunciase al monarca.

Solo y entregado á sus piadosas lecturas se hallaba el bueno del rey Monje, cuando

le fué anunciada la visita del de Montagudo. Inmediatamente dió orden para que se presentase, y unos momentos despues D. Pedro Tizon saludaba al monarca.

—Bien venido seais, D. Pedro, exclamó el rey, respondiendo á su respetuoso saludo. ¿A qué debo el placer de veros á tan altas horas de la noche?

—Señor, los buenos vasallos deben velar siempre por la honra y tranquilidad de su monarca, y cuando ambas peligran...

—¿Qué quieren decir, D. Pedro, vuestras graves palabras? ¡Esplicáos, vive el cielo!

—Señor, decia, que cuando peligrá el honor y la tranquilidad del monarca, deber es de todo buen vasallo avisar con tiempo á su soberano para que pueda evitar el golpe que le amenaza, y castigar al mismo tiempo á los culpables.

—¿Luego algun golpe amenaza, conde, mi tranquilidad y mi honor?

—Sí, señor, por desgracia. Hace tiempo que se murmura en la córte que el conde de Atares era uno de los mas encarnizados enemigos de vuestra alteza; enemistad nacida, segun algunos, á causa de las relaciones amorosas que tuvo en otros tiempos con vuestra esposa, á quien estaba pronto á dar su mano de esposo á no haberlo impedido vos con vuestro enlace, el cual echó por el suelo todas las amorosas ilusiones del conde é hizo que éste desapareciese de Huesca, ignorándose su paradero. Decian unos que habia ido á ofrecer su brazo y sus mesnadas al rey de Castilla; otros que se habia pasado al campo musulman, y no faltaban lenguas que aseguraban que la desaparicion de éste tenia por motivo una conspiracion que tramaban los enemigos de vuestra alteza, de los cuales era gefe el conde, que se proponia subir al trono de Aragon, y alcanzar de su Santidad el Papa que anulase vuestro casamiento, para lo cual contaba con el apoyo de vuestra esposa.

—¡Cielos! ¿Es esto una pesadilla de mi fantasía?...

—Es, señor, por desgracia harto cierto. Las creencias del vulgo están á punto de cumplirse. El conde de Atares ha reaparecido de nuevo en la córte, y de un instante á otro vá á estallar una formidable insurreccion al mando de los rebeldes caballeros de Luna.

—¿Qué hacer en tal caso?

—En las grandes desgracias son, señor, donde los grandes hombres deben mostrar una serenidad á toda prueba; por de pronto es indispensable que para impedir los planes de los conjurados ocultéis mis revelaciones á la reina, pues podia dar la voz de alarma é impedir que cayesen en nuestro poder los culpables.

—Teneis razon, mas antes de obrar quiero tomar consejo del bueno del abad del monasterio de San Ponce de Tomeras; me ama cual un padre, y me manifestó al abandonar aquel claustro, donde he pasado tranquilos dias, que siempre que me azotasè el vendabal del infortunio acudiese á él y me guiaria con sus consejos.

—Mas pensad, señor, que no hay que perder tiempo, y que quizá mañana mismo estalle la insurreccion que ponga vuestra vida en grave peligro....

—No importa. Esta noche mismo partirá un mensajero, y dentro de pocos dias tendré su contestacion. Y diciendo estas palabras, el rey hizo vibrar la argentina voz de una campana.

Inmediatamente se presentó un paje.

—Haced entrar á uno de los donceles que se hallan de servicio, díjole el rey.

El paje, despues de un ceremonioso saludo, salió á cumplir las órdenes del monarca.

Un instante despues un caballero jóven y de noble presencia penetró en la cámara. Era el conde Arnaldo, vástago de una de las familias mas esclarecidas de la córte aragonesa.

—Bien venido seais, conde Arnaldo, dijole bondadosamente D. Ramiro, contestando al mismo tiempo á su afectuoso saludo. Mucho celebro que la suerte os depare el honor de que seais vos el que en estas circunstancias me preste un señalado servicio.

—Mandad, señor.

—Es preciso que monteis al instante á caballo y os pongais en camino para el monasterio de San Ponce de Tomeras. Una vez en él, preguntad por el reverendo abad Frotardo, y decidle de mi parte estas palabras: *El reino está revuelto: ¿qué hacer?* La contestacion que os diere es necesario que la pongais en mi conocimiento lo mas pronto posible, aunque para ello tengais que reventar algunos caballos.

—Está bien. ¿Nada mas he de decir al señor abad?

—¡Ah! decidle que me tenga presente en sus oraciones.

—Entonces si me dá vuestra alteza su permiso....

—Partid, conde Arnaldo, y que ninguno sepa el lugar de vuestra partida ni el objeto del viaje.

—Descuidad, señor, dijo el interpelado saliendo de la real cámara.

—Y ahora, vos, continuó el monarca dirigiéndose á Monteagudo, mandad reforzar la guardia del alcázar y quedáos en la antecámara á mis órdenes.

IV.

Cuando D. Pedro Tizon se halló solo en la antecámara del rey, se entregó por completo á sus reflexiones. El plan de venganza que aquella noche mismo habia concebido y que tan pronto habia empezado á poner en práctica iba adelantando gradualmente el terreno posible, y si bien era verdad que aun no podia envanecerse de su triunfo, pues cualquier contratiempo podria echar por tierra todos sus proyectos y aparecer él como el verdadero delincuente; también era cierto que habia conseguido impresionar de tal modo al monarca haciéndole aparecer á su esposa como á culpable, que casi podia contar con un seguro triunfo.

—Lo indispensable es ahora, decíase entre sí, es llevarle la delantera al mensajero del monarca para que el abad Fray Frotardo aconseje favorablemente mis planes é impedir al mismo tiempo que la reina tenga ninguna entrevista con su esposo, pues podia sospechar algo de lo que yo intento, y revelar lo que no me conviene que sepa. En cuanto á lo primero mandaré al instante mismo con las instrucciones necesarias para que se aviste con el abad, á mi amigo Don Ruy Perez de Pardo, y haré que le aconseje un remedio radical. En cuanto á lo segundo procuraré que mañana me dé D. Ramiro plenos poderes de privanza, y uno de mis primeros actos será el decretar la prision de la reina.

Embebido se hallaba D. Pedro en estas reflexiones cuando le sacó de ellas la voz de su paje Hernan que le llamaba.

—¡El cielo me lo envia! pensó para sí.

¡Hola! mi buen Hernan, exclamó en seguida con aire jovial, es necesario que cumplas religiosamente lo que voy á encargarte. En primer lugar debes ir á casa de Don Ruy Perez de Pardo y decirle que le espero en palacio, y una vez cumplida esta comision, procura saber el sitio y hora donde piensan los conjurados lanzar su grito de rebelion.

—Está bien, respondió Hernan saliendo.

Media hora despues Monteagudo tenia una conferencia con D. Ruy Perez de Pardo, de resultas de la cual éste se puso inmediatamente en camino en direccion al monasterio de San Ponce de Tomeras.

(Se continuará.) 87

JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

MOVIMIENTO LITERRARIO.

La empresa editorial de *El Museo de la Industria*, ha publicado un importante *Almanaque*, que forma un tomo de 240 páginas, impreso por Rivadeneira é ilustrado con grabados. Está redactado por los señores Mariátegui, Asensio Barbieri, Balaguer, Borell, Cubi, Fernandez de Velasco y otros escritores competentes en las materias de que trata la publicacion, que son las artes y las industrias en general y particular. Dicho *Almanaque* se dá de regalo á los suscritores de *El Musco de la Industria*, y para los que no lo sean se vende á 3 pesetas en las principales librerías.

Merece ser protegida la *Biblioteca de Religión y Moral* que los editores Sres. Telló y Torá van á publicar en Madrid. El loable objeto que se proponen, las escogidas obras que van á dar á luz y lo económico de los precios, son motivos suficientes para que el público les conceda su proteccion, como no dudamos alcanzarán.

Nuestro querido amigo y distinguido colaborador el Sr. D. Teodoro Guerrero vá á publicar una nueva edicion de su ameno libro *Cuentos de Salon*, que tanto éxito ha alcanzado en América, donde se han agotado cuantas ediciones se han hecho. Deseamos que aquí le suceda otro tanto.

X.